

Pues sepamoslo bien, cristianos, la amistad de los pobres no es de desdeñar. Los pobres no están en esta condición en el mundo

cer la beneficencia los que reúnen el doble título de la desgracia y de la virtud; la esperanza de estar asistidos de su crédito cerca de Dios es un motivo de preferencia, pero no puede ser nunca una razón de exclusión. El bien que se hace, no es perdido, porque cae en los indigentes. La razón de este principio está en la naturaleza de la caridad. Es por Jesucristo que ella obra; qué le importa el reconocimiento de los hombres? *Lo que haceis á uno de vuestros hermanos más pequeños, es á mí á quién lo haceis.* Mat. xxv. 40, dice Jesucristo. Temeremos que nos fué ingrató? No temamos nunca el perder un beneficio, en cualquier lugar que lo coloquemos. El infortunado que lo recibe, lo ignora; pero Jesucristo, que es el objeto verdadero, lo conoce. — El hombre á quien haceis un beneficio no os será agradecido, pero Jesucristo, que se tiene por obligado, os promete la recompensa. El servicio que no deja esperar ningún agradecimiento de parte de los hombres, adquiere por eso mismo más mérito delante de Dios. Los más agradables á sus ojos son los que hacemos á nuestros enemigos, y que no deben ser pagados en la tierra más que con ultrajes y persecuciones. (La Luzerne, Explic. de los Evangelios 8º, dom. desp. de Pentec.). — Muchos Santos Padres han visto en estos amigos que deben adquirírnos las riquezas de la iniquidad, las almas virtuosas y desgraciadas que, en las llamas del purgatorio, acaban de purificarse y hacerse dignas de la mansión celeste. — Las limosnas que hacemos en su consideración, las buenas obras que practicamos en su intención, los votos que les dirigimos las indulgencias que les aplicamos, pueden abreviar el tiempo de sus dolorosas pruebas, y ponerlos más pronto en posesión de su gloria. Es muy consolador y muy ventajoso para nosotros este dogma enseñado por la Iglesia católica, que podemos también servir, después de la muerte, á los que estuvimos unidos durante la vida; y que está en nuestro poder procurarnos amigos más útiles, protectores más poderosos que no existen en tierra. Hoy la piedad nos habrá hecho sus interesados; mañana el reconocimiento hará los nuestros. Las oraciones que hacemos por ellos, á su vez las dirigirán por nosotros. Les habremos hecho admitir en los eternos tabernáculos; ellos nos atraerán á su séquito. Si la piedad de su desgraciada suerte no es bastante fuerte para conmovernos, que nuestro interés nos escite y mueva. Consideremos que un día, quizás, reducidos al mis-

más que por una disposición de Dios. Si lo hubiese querido, Dios hubiérase dado riquezas á todo el mundo, y no hubiera habido pobres. Pero él há querido que los bienes de la tierra fuéren divididos con desigualdad, « con el objeto, dice San Agustín, de que el rico sirviese para aliviar al pobre, y el pobre para probar al rico ¹. » En el plan divino, el pobre aquí bajo es, pues, igual al rico, llenando como este la función que le ha sido atribuida. Pero con respecto á la vida eterna, el estado del pobre es superior al del rico. Lo que prueba, es que Jesucristo, que hubiera podido, si lo hubiese querido, ser el primero de los ricos, há preferido ser el último de los pobres. Lo que la prueba también, es que Dios há maldecido á los ricos ² y bendecido á los pobres; es que él há declarado que los ricos no entrarían más que difícilmente en el cielo ³, mientras que el reino de los cielos es para los pobres ⁴. Si el reino de los cielos es para los pobres, es estremadamente ventajoso el tenerlos por amigos; porque pueden ellos darnos este reino que es suyo. — Cómo esto? Los pobres pueden darnos el reino de los cielos que es suyo, en este sentido de que ellos pueden rogar á Dios el que nos lo conceda; y porque la oración de los pobres, siendo poderosa en el corazón de Dios, es siempre atendida, pudiéndose decir, en cierto modo, que son los pobres quiénes nos lo dan ⁵; cómo se dice con frecuencia de un pro-

mo estado, tendremos necesidad de las mismas oraciones: y reflexionando sobre nuestros pecados, debemos sentir que será también un beneficio insigne de la misericordia divina. Si estas almas sufren por algunas faltas ligeras, por ofensas que no han suficientemente expiado en la tierra, cuantos más graves pecados nos censura nuestra conciencia! Y qué hemos hecho para satisfacer á la justicia divina? Unámonos nuestras suplicas á las de la Iglesia militante ofrecidas por la Iglesia purgante. — Merezcámonos, por nuestras ardientes oraciones para estas almas desgraciadas que un día se eleve para nosotros parecidas oraciones, que nos serán tan necesarias; y según el precepto del divino Maestro, para ser recibidos en los eternos tabernáculos, adquiramos amigos que nos faciliten la entrada. (Id. *ibid.*).

1. Serm. 310. — 2. Luc. vi, 24. — 3. Mat. xix, 23. — 4. Mat. v, 3.

5. Debemus cogitare quod patronis potius nos recepturis in æterna ta-

tector, por ejemplo, que nos ha dado un empleo, aunque no haya hecho más que obtenerlo de otro para nosotros. Es, por otra parte,

bernacula munera offerimus, quam egenis dona largimur (S. GREG. Moral. XXI, 14). — Hinc disce pauperum esse cœlum, non tantum quod ipsi eo potiantur, sed quod et ipsi alios, benefactores suos, eodem introducant. Pauperes ergo sunt janitores cœli, juxta illud Christi: *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum cœlorum*, Matth. v. Idque habent non tam ex merito suo, quam ex dono singulari Dei. Ita S. Augustinus, lib. II. *Quæst. Evang.* Quæst. XXXVIII: « Non propria potestate, quasi gratificando recipiunt, sed promissione atque permissione illius qui eos consilio præmonuit, ut sibi amicos facerent, et qui se ipsum pasci, vestiri, hospitio recipi, visitari in unoquoque minimorum, suorum liberatoris bonitate dignatus est. » — « *Æterna tabernacula, inquit Theophylactus, pauperibus in Christo constituta sunt, in quæ possunt recipere eos qui hic ipsis amice de bonis, quæ sunt Dominica, largiuntur. Felix permutatio, cum temporaria permutantur æternis.* » Quare Chrysostomus, in *Catena*: « *Ars artium, inquit, peritissima, eleemosyna, non enim nobis domos fabricat luteas, sed vitam æternam impendit.* » (CORN. A LAP. *Comm. in Luc.* XVI, 9). — Quomodo eleemosynæ nobis comparent æterna tabernacula, æternamque mansionem, manifestum nobis facit præclarum illud exemplum, quod in vita sancti Joannis Eleemosynarii, patriarchæ Alexandrini, habemus. Hic sæpe visitabat ægros et pauperes, quandoque secum assumens Troilum episcopum. Quodam die dixit: « Frater Troile, obsecro, juvemus amicos Christi. » Ille ea hora ad pietatem incitatus sermone patriarchæ curat distribui triginta libras. Verum, quia magis nummorum, quam ægrorum erat amator, cœpit avaritiæ postea cogitatione turbari, et inde ei orta est febris, ita ut super lectum jaceret. Audiens de ejus morbo patriarcha, et conjiciens causam, invisit eum, tantumque argenti retulit, quantum largitus erat Troilus, et excusans se, dixit: Nuper cum te pro pauperibus stipem rogabam, jocabar, et non nisi mutuo eam quæ tibi aderat, pecuniam volebam, quia non ita mihi ad manum erat quantitas pauperibus distribuenda. Unde eam referens gratias ago. Ille ad hæc exhilaratus, melius cœpit habere, invitatusque fuit a patriarcha ad prandium, ubi numeratis nummis petiit ab eo conscriptionem renuntiationis mercedis eorum. Hanc autem his verbis fecit: « Deus Domino meo Joanni patriarchæ da mercedem triginta librarum quæ datæ sunt tibi, quia recepi eas. » Post meridiem incidit in somnum,

espresamente en este sentido que el Salvador dice de los pobres, en el Evangelio de este día, que *ellos recibirán en las mansiones eternas*, á su muerte, á los que, asistiendoles aquí bajo, se habrán hecho amigos de ellos. Los recibirán en las mansiones eternas, si les han precedido; y los harán entrar por sus oraciones, si todavía están en este mundo á la muerte de sus bienhechores¹. Que motivo más apremiente Nuestro Señor podía proponernos para hacernos asistir á los pobres, s'án quiénes fuéren, segun nuestro poder y nuestros medios! Cómo es posible, despues de esto que los cristianos puedan permanecer estraños á toda obra de misericordia? Ay! mejor dicho nuestro interes bien entendido no pediria que hiciesemos de estas obras nuestra príncipal ocupacion².

et ostendit ei Deus qua mercede privatus foret. Vidit enim domum ejus pulchritudinem nulla imitari posset ars humana, et in ejus janua aurea scriptum: « Mansio æterna et requies Troili episcopi. » Gaudebat sumopere, ob hanc mansionem sibi præparatam. At mox quidam regius cubicularius ait operariis: « Deponite titulum istum, et hunc suffigite: » « Mansio Joannis archiepiscopi empta libris 30 argenti. » Horuit ipse, et excitatus venit ad patriarcham visa referens, et exinde ex avaro factus est eleemosynarius magnificus, ut mansionem æternam posset sibi emere operibus misericordiæ juxta offensam visionem. Ita Leontius, in vita sancti Joannis patriarchæ Alexandrini (MARCHANT, *Ration. Prædic. dom.* 8. post Pentec.).

1. Si sancti sunt et recepti in cœlum (pauperes amici), eodem vos suis precibus et meritorum communicatione recipient: sin autem pauperes sint impii, in cœlum vos propter eleemosynæ meritum recipient, non ipsi, sed ii quorum est recipere, puta Christus, B. Virgo et sanctissimi angeli. Sic enim Hebræi sæpe suppositum verbi subticent, quasi ex circumstantiis sat cognitum et manifestum (CORN. A LAP. *Comm. in Luc.* XVI, 9).

2. Ricos, que habeis hasta aqui mirado con desden á los que la Providencia há colocado en el más bajo rango de la sociedad, escuchad esta palabra del divino Maestro. Es de estos hombres, objeto de vuestros menosprecios, que debeis ambicionar, buscar y comprar la amistad; y no solamente la amistad, sinó tambien la proteccion. Debeis obtener de ellos que os reciban en los tabernaculos éternos. Que no murmure

Conclusion. — Acabamos de aprender lo que Nuestro Señor llama riquezas de iniquidad, á quiénes el preciso darlas y con que

vuestra vanidad de este precepto, vá en esto vuestra ventaja mucho más que la suya. Apesar del orgullo con que los tratais, ellos pueden por vosotros mucho más que podeis vosotros para ellos. No les sois útiles más que en el tiempo; ellos os serán necesarios para la eternidad. Hay entre el bien que es permitido hacerles, y el que es posible recibir, toda la distancia que entre el cielo y la tierra. No hay entre uno y otro más proporción que entre lo finito y lo infinito. Os habeis atraído por vuestras ofensas la enemistad de Dios; emplead cerca de él estos poderosos mediadores. Vuestros pecados han quitado crédito á vuestras oraciones; substituid las oraciones tan eficaces de los pobres. Jesucristo os dice; *Dad limosna con lo superfluo, y todo será puro para vosotros*, Luc. xi, 41. No es que la limosna supla á la penitencia, sino que la obtiene — Ella no perdona los pecados graves, sinó que atrae la gracia de conversión que los hace perdonar — Las suplicas del pobre doblan el corazón de Dios, conmueven el del pecador — La colera celestial no resiste á sus ruegos, ni nuestra obstinación á la gracia. — Os atreveriais á pretender que para llegar al cielo no teneis necesidad de sér ayudados del auxilio de otro, y que vuestros meritos os bastan para haceros recibir? Las oraciones de los justos, necesarias á los pecadores para arrepentirse, lo son tambien para los justos para perseverar. — La comunión de los santos de la tierra entre ellos no es menos un dogma católico que la comunión con los santos del cielo. Una y otra las profesamos en el símbolo de nuestra fé. Debemos sostener ambas en nuestra práctica. — Es este concierto de votos reunidos de todas las almas piadosas, que, penetrando en los cielos, hace caer un rocío abundante, las gracias saludables. Oh sabiduría suprema! oh misericordia inefable de nuestro Dios! haciendo de la caridad la primera virtud de su religión, ha querido que ella fuése tambien el lazo principal de los que la profesan. Para alimentarle sin cesar, él há establecido entre ellos una dependencia mutua. Los há unido por una reciprocidad continua de necesidades y servicios continuos. En el orden temporal, há hecho el rico necesario al pobre para esta vida, y el pobre necesario al rico para la vida futura. Del mismo modo há formado en el orden espiritual una balanza de las facultades y de las necesidades de todos. Asi, cada hombre teniendo siempre nece-

objeto. Las riquezas de iniquidad son todos los bienes, fuerza, salud, inteligencia, y otras parecidas que Dios nos ha dado

sidad de los demas, debe, por interés mismo, quedarles unido. Prescribiendonos los actos de esta sublime virtud, él los há multiplicado, y por eso nos los ha facilitado. Reuniendo un tan grande numero de motivos, una tan inmensa cantidad de medios de practicar la caridad, há quitado toda excusa, todo pretexto á la inobservancia. Qué hombre puede decir que no tiene servicios que hacer á sus hermano? qué hombre, si és razonable, puede pretender que no tiene interés en hacerlos? Cuán agradable seria la estancia en la tierra, cuán dichosos serian los que la habitan, si esta sublime virtud fuera universalmente practicada! si cada uno, viendo, su propio bien en el bien del prójimo, buscára hacer su felicidad trabajando en la de sus semejantes! si pudiera, en fin, persuadirse que en lugar de atraer exclusivamente para sí las ventajas de la sociedad, se gana mucho más en procurarlas á los demas! El interés personal, este germen fecundo de todas las divisiones, sería el principio de la union universal. Esta vida, ahora sembrada de tantas penas de toda clase, sería la imagen y la precursora de la vida eternamente feliz. Pero una felicidad semejante no la acuerda el mundo — La naciente iglesia disfrutóla un momento; y muy pronto las pretensiones, las pasiones y los intereses particulares vinieron á privarle de ella. Es en medio de estos enemigos de nuestra dicha que tenemos que procurarnosla. Sepámos, para hacernos una solida, defendernos de ellos. Penetrémosnos de esta verdad esencial, de que por algunos goces momentaneos que pueden proporcionarnos, destruyen nuestra felicidad real y permanente. Seámos para todos nuestros hermanos, cualesquiera que sean respecto á nosotros, lo que quisieramos que ellos fuesen. Si se equivocan buscando su bien en el mal que nos hacen, instruidos en la escuela de Jesucristo, no les imitemos. Desengañémoslos mostrándoles otra felicidad más noble y más real que ellos ignoran, y trabajemos por hacernos dichosos vertiendo sobre ellos todo lo que hay de bienes en nuestros porvenir. Si estuviera penetrado de esta verdad, que las obras de misericordia son más útiles al que las hace que á los que las reciben, no se veria, lo que es tan comun, los dichosos del mundo unas veces rechazar con dureza á los desgraciados que los solicitan, otras veces fatigarles por inútiles dilaciones, algunas veces humillarlos con amargas censuras, y no acordar

para hacer el bien, pero de las cuales abusamos para hacer el mal. En lugar de servirnos de ellas para hacer el mal, en deshonra de Dios, con detrimento de nuestras almas y con gran perjuicio del prójimo, demos á los que tienen necesidad lo superfluo de lo que nos es necesario. Y á fin de no perder el merito de la asistencia que damos á los necesitados, propongámonos, en nuestras obras de misericordia, no recojer vanas alabanzas humanas, sino hacer la voluntad de Dios, y ganarnos, tanto en nuestras buenas obras como en la persona de los pobres que asistimos, amigos seguros y fieles, que nos recibirán, en nuestra muerte, en las mansiones eternas. Podamos todos, cristianos, poner en practica esta importante lección del Salvador! Hariamos bendecir á Dios y á la religion, daríamos valor y esperanza á una multitud de corazones abrumados y martirizados, saborearíamos en este mundo la alegría más sensible que se encuentra, la de hacer el bien, y llenaríamos nuestras manos con prendas de la alegría celeste que, por consiguiente, no podría sernos rehusada. Es la gracia que, del fondo del corazon, á todos os deseo. Asi sea.

frecuentemente sus beneficios más que con inoportunidad y con ostentacion, para librar sus miradas de un objeto desagradable, ó para darse la reputacion de bienhechor — Asi, aunque se haga el bien, se pierde el precio por la manera como se hace. Por el contrario, el cristiano á quien anima la caridad, busca cómo ventajas personales las ocasiones de obligar á sus hermanos. — Lejos de alejarlos por la dureza, los atrae con dulzura. Lejos de hacerles esperar los beneficios les previene con sus ofrecimientos. Alienta la timidez de los unos á pedirle; evita la verguenza á la sensibilidad de los otros. No hace ostentacion de sus dones; su mano izquierda ignora lo que su derecha dá, Mat. vi, 3, y añade por eso á sus beneficios un nuevo precio delante de Dios y delante de los hombres. (La Luzerne, loc. cit.).

NOVENO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

EVANGELIO

Sequentia sancti Evangelii secundum Lucam (xix, 41-47).

In illo tempore: Quum appropinquaret JESUS Jerosolymam, videns civitatem, flevit super illam, dicens: Quia si cognovisses et tu, et quidem in hac die tua, quæ ad pacem tibi! Nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis. Quia venient dies in te: et circumdabunt te inimici tui vallo; et circumdabunt te, et coangustabunt te undique; et ad terram prosternent te et filios tuos qui in te sunt, et non relinquent in te lapidem super lapidem: eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ. Et ingressus in templum, cæpit ejicere vendentes in illo, et ementes, dicens illis: Scriptum est: Quia domus mea domus orationis est. Vos autem fecistis illam speluncam latronum. Et erat docens quotidie in templo.

Continuacion del santo evangelio segun san Lucas. (xix, 41-47).

En aquel tiempo: Cuando Jesus estuvo cerca de Jerusalem y vió la ciudad, lloró por ella, diciendo! Jerusalem! Jerusalem! si pudiéras conocer por lo menos, en este dia que te es dado, lo que puede traerte la paz! Pero esto está ahora oculto á tus ojos. Vendrán sobre ti dias desgraciados en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitiaron y te cercarán por todas partes. Mucho más, te echarán por tierra, te destruirán á ti y á tus hijos, que están en su seno, y no te dejarán piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo en el cual Dios te ha visitado. Habiendo entrado en el templo, comenzó á arrojar á los que vendian, diciendo: Está escrito: mi casa es una casa de oracion, y vosotros la habeis convertido en una cueva de ladrones — Y él enseñaba todos los dias en el templo.

Cf. Mat. xxi, 12-13; Marc. xi, 15-17.